

Sin manos

Sólo al filo de la muerte, en otro carnaval, el hombre había de develar el enigma propuesto por el viejo titiritero aquella noche de copas y confidencias en la única taberna del lugar.

Ya sólo podía respirar densidades atemporales. Un ritmo jovial que todavía se oía cercano comenzó a percibirse como un azote pancreal y las derivas sudorosas de las damas desfiguradas por la poca soledad de la luna se disipaban.

El hombre, atento a su actividad yugular, cesó de caminar. Las luciérnagas se admiran mejor desde la inmovilidad, pensó. Las calamidades de sus alas no podían respetar el silencio del aire. El hombre (un hombre feroz) se preguntó si aquellos insectos habían comenzado a ignorarlo.

Una luciérnaga ardía. Una segunda, callaba. La tercera, correteaba a su alrededor y antojo, como atravesándolo. El resto (aquellas que esporádicamente se dejaban ver) componía, merced a un azar innecesario, una bellísima sinfonía. Le hubiese gustado ser él quien condujera aquel espectáculo. Pero esto era, sin más, completamente improbable.

Una leve sensación de incomodidad lo impulsó a volverse y retomar el camino que había dejado atrás.

No encontró ninguna mujer cuya máscara se hubiera corrido de su lugar. Sus vestidos caían como si la energía que las llevara a bailar fuera demasiado débil. Todo continuaba de la misma manera. A excepción de él. A excepción de su extática expresión de ex extrella excandalosa.

Antes de lanzarse a través de los pocos espacios que restaban entre los festejantes sintió temblar sus rodillas. La timidez es lo último que se pierde. Con sólo atravesar aquella masa estaría a unos pasos de la taberna, se prometió. Las mujeres lo miraban escalofriantemente encandiladas. Los hombres le cedían el paso. Todos se abrían. Todos aplaudían.

Cuando al fin se encontró ante las puertas del lugar pudo disfrutar la brisa helada que formaba surcos limítrofes en su envejecida mirada. Comenzó a respirar muy profundamente mientras sentía cómo el aire inspirado provocaba calambres en su garganta.

Se asomó por encima de la puerta ya destrozada debido a tantas noches interrumpidas por algún derecho de admisión. Pudo reconocer sus marcas. Un tobillo derecho encallado, cuatro nudillos tallados y dos rodillas que llevaban demasiado allí. Era todo lo que quedaba de él.

Entró con gran delicadeza. Se agachó. Comenzó a arrastrarse. Su único motor eran los codos que se hundían en la pinotea como clavos. Tras sí dejaba una estela de polvo que olía a luz chamuscada. Buscó su entrepierna. La palpó. Ya no estaba tan caliente. Recordó la manera en que su hermana aseaba la casa mientras él reposaba, pálido, en el sillón. El escurrir de un trapo que ya no aguantaba más castigos. El volar de las

manos fofas del plumero que se dispersaban como polillas (mañana ya estaría desempolvando las paredes con un palo de escoba si no rompe el chanchito). El golpeteo nervioso contra cada impureza escurridiza. Nubarrones de miserias entre las sábanas, los sillones, el mantel de la Natividad del Señor. ¿Hacia dónde va? Intentó recrear el mismo golpeteo pero parecía un pobre perro buscando cazar su propia cola. Desistió.

Lo último que le faltaba era emborracharse el mismo día de su muerte. Con temor a que el dueño del lugar ya hubiera empezado a prepararle lo de siempre tomó impulso y le hizo una señal para que cancelase el pedido que no había pedido. ¡Qué horrible sonido! Cada movimiento provocaba un tintinear ensordecedor. Le raspaba la traquea. Ahora realmente necesitaba desesperadamente beber. Pero el mozo no le servía el trago y tampoco había notado su gesto. Estaba desplomado encima de la barra esperando a que el último borracho se emborrache.

Los filamentos se soltaban en todas las direcciones como si una pinza castradora los hubiese mantenido en alto y en tensión. Se cortaban como elásticos. Chorreaban desde todos lados. Chorreaban como mareados sin anclarse en ningún lugar (imagen veraniega y animada ahora: su hermana perdía el control de la manguera. Ella mentía mucho. Decía que los nomeacuerdo se ponían celosos cuando los girasoles la miraban en el atardecer. Decía que cada tarde protagonizaban una pugna incontrolable. Decía que todas las flores eran celosas pero que la más llamativa de las enemistades la compartían los nomeacuerdo y los girasoles. Su hermana no entendía de física, claro. Tenía pocos años cuando empezó a decir mentiras. Mentía mucho.).

Observó las largas diagonales que dibujaban su cuerpo y pensó que tal vez eran todavía lo suficientemente resistentes como para sostenerlo unos segundos más. El hilvanado esqueleto que le daba forma se despedazaba y su última voluntad era subir por aquella escalera escueta. Si tropezaba volvía a atarse las medias porque los nudos se sueltan de ese molestísimo modo en que sólo los nudos saben hacerlo. Si perdía el equilibrio se recomponía y ascendía un escalón más. Era sencillamente incomprensible la manera en que los hilos se enredaban.

Una mano le pellizcó su espalda y lo empujó hacia los tableros luminosos que sobrevolaban aquel escenario. Escuchó nuevamente el tintineo insoportable. Ahora había centenares. El polvillo recurrente ensuciaba el telón que se cerraba lentamente y detrás de éste yacían más acertijos.

El titiritero le volvió a preguntar: ¿Podrán solos?, ¿podrás solo? El hombre ya no podía responder.

By Grafein